

Siria

Ignacio Álvarez-Ossorio

Revolución,
sectarismo y yihad





Ignacio Álvarez-Ossorio

Siria

REVOLUCIÓN, SECTARISMO Y YIHAD



COLECCIÓN ALTERNATIVAS

LA EDICIÓN DE ESTE LIBRO HA CONTADO CON FINANCIACIÓN DEL PROYECTO DE I+D+I LAS REVUELTAS ÁRABES: ACTORES POLÍTICOS EMERGENTES Y RECONFIGURACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA EN EL NORTE DE ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO (CSO2012-37779), SUBVENCIONADO POR EL MINISTERIO DE ECONOMÍA Y COMPETITIVIDAD



ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: © MAYSUN

© IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO, 2016

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2016

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 20 77

FAX. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

SIRIA.

REVOLUCIÓN, SECTARISMO Y YIHAD

ISBN: 978-84-9097-235-9

E-ISBN: 978-84-9097-277-9

DEPÓSITO LEGAL: M-37.703-2016

IBIC: 1FBS/JPWS/HRAM9

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Siglas

ACNUR Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

CCG Consejo de Cooperación de Golfo

CCL Comités de Coordinación Locales

CNK Consejo Nacional Kurdo

CNCCD Comité Nacional para la Coordinación del Cambio Democrático

CNS Consejo Nacional Sirio

CNFROS Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Sirias

EII Estado Islámico en Irak

ELS Ejército Libre Sirio

FDS Fuerzas Democráticas Sirias

HH MM Hermanos Musulmanes

ISIS Estado Islámico en Irak y Siria

OLP Organización para la Liberación de Palestina

PDK Partido Democrático del Kurdistán

PKK Partido de los Trabajadores del Kurdistán

PNUD Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas

PYD Partido de la Unión Democrática

YPG Unidades de Protección Popular

Presentación

“Yo o el caos”. Este es el mensaje que el presidente Bashar al-Asad ha lanzado una y otra vez desde el inicio de la revolución siria en marzo de 2011, cuando cientos de miles de personas desafiaron al régimen tomando calles y plazas para demandar, de manera pacífica, libertades y reformas, al igual que había ocurrido previamente en Túnez, Egipto, Libia, Yemen o Bahrein. Al contrario que en otros países, estas movilizaciones no propiciaron un cambio político. Más bien ocurrió todo lo contrario, puesto que el régimen reprimió con extrema dureza las marchas populares y recurrió al sectarismo para enfrentar a los diferentes componentes de la sociedad siria. El “conmigo o contra mí” se convirtió en la máxima de Bashar al-Asad, que no dudó en dividir a la población manipulando su heterogeneidad confesional con la intención de mantenerse en el poder.

Lo que empezó siendo una revolución popular se convirtió en unos meses en una confrontación civil a gran escala. La intensificación de la represión llevó a la oposición a recurrir a las armas para defender las poblaciones alzadas. Tras la muerte de centenares de manifestantes, la revolución siria se militarizó. En un primer momento, el Ejército Libre Sirio (ELS) abanderó las diferentes milicias armadas que surgieron en buena parte del territorio, aunque a partir de 2012 se vio obligado a compartir el protagonismo con las distintas facciones islamistas que ganaron terreno gracias al generoso patrocinio que obtuvieron de las petromonarquías del golfo Pérsico.

A medida que la autoridad del régimen se desmoronaba, Bashar al-Asad adoptó métodos cada vez más expeditivos para tratar de frenar el avance rebelde. Las matanzas se generalizaron, así como el empleo de misiles balísticos, barriles explosivos e, incluso, armas químicas para castigar a las poblaciones alzadas. El régimen también recurrió a los castigos colectivos mediante la imposición de asedios en los que se impedía el acceso de alimentos, medicinas y ayuda humanitaria con el propósito de doblegar su resistencia. Esta estrategia de tierra quemada tuvo un elevado coste en términos humanos y provocó un masivo éxodo de la población civil.

Hoy en día, la situación está fuera de todo control y Siria ha quedado dividida entre el régimen, las facciones rebeldes, los *peshmerga* kurdos y los grupos yihadistas, que han aprovechado el vacío de poder y el caos imperante para

irrumper en el país. Lo más preocupante es que no existe razón alguna para pensar que la tempestad vaya a amainar en el corto plazo, dados los planteamientos irreconciliables de los contendientes. Mientras que Bashar al-Asad tacha de terrorista a todo aquel que se opone a su cruento régimen, los insurgentes interpretan que el todavía presidente debería ser juzgado por los crímenes de guerra y de lesa humanidad perpetrados por su ejército y sus servicios de seguridad.

La indiferencia occidental ante el descenso a los infiernos de Siria abrió el camino a las potencias regionales. En la actualidad, Irán y Arabia Saudí, conscientes de que Siria es la llave para extender su influencia en el conjunto de Oriente Próximo, están librando una guerra por la hegemonía regional a través de actores interpuestos. Irán interpreta que la supervivencia de Bashar al-Asad es prácticamente un asunto de seguridad nacional y que su caída debilitaría al Hezbollah libanés. Arabia Saudí considera, por su parte, que debe recuperar el terreno perdido en la región desde 2003, cuando la invasión norteamericana de Irak entregó las llaves de Bagdad a Irán. También otros actores regionales, como Turquía y Qatar, intervienen activamente en Siria financiando diversos grupos armados que compiten entre sí para ganarse el respaldo de sus patrocinadores.

A medida que los insurgentes se hicieron más poderosos y conquistaron mayores porciones de territorio, el régimen pasó a depender cada vez más de sus aliados. En un principio, Rusia proporcionó cobertura diplomática y respaldo militar a Bashar al-Asad, resucitando una alianza nacida en plena Guerra Fría. El avance rebelde hacia la costa mediterránea en verano de 2015 encendió todas las alarmas y provocó la intervención militar rusa, que permitió recuperar parte del terreno perdido por el régimen.

Además de este sólido respaldo ruso-iraní, otra de las razones que explican la resiliencia de Bashar al-Asad es la incapacidad de los diferentes grupos opositores de articular un frente unido. Las plataformas opositoras, como el Congreso Nacional Sirio (CNS) o la Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Sirias (CNFROS), disponen de escasa credibilidad en el interior del país y han quedado bajo la tutela qatari o saudí, dos fuerzas que no simpatizan precisamente con los principios revolucionarios que desataron el levantamiento popular. El ELS ha ido perdiendo protagonismo, mientras que las milicias salafistas de Ahrar al-Sham y el Ejército del Islam han ganado peso gracias al respaldo de las petromonarquías del golfo Pérsico. También Estados Unidos ha intentado contar con sus propios peones en el tablero sirio y ha financiado a diferentes grupos armados como las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una heterogénea coalición liderada por los *peshmerga* kurdos.

Esta caótica situación ha convertido a Siria en un polo de atracción para los

yihadistas internacionales. El desmoronamiento del régimen y el vacío político resultante han permitido la irrupción de dos fuerzas yihadistas emparentadas con al-Qaeda: el Frente al-Nusra (que en julio de 2016 pasó a denominarse el Frente de la Victoria del Levante), netamente sirio, y el autodenominado Estado Islámico en Irak y Siria (más conocido por sus siglas en inglés ISIS), integrado por yihadistas internacionales. Su agenda sectaria supone una grave amenaza para las minorías religiosas y étnicas, que representan una tercera parte de la población.

La irrupción del ISIS fue aprovechada por las potencias internacionales para intervenir en Siria. En el verano de 2014, Estados Unidos se puso al frente de una coalición internacional que golpeó las posiciones del grupo terrorista tanto en Irak como en Siria. Rusia también utilizó el mismo pretexto para justificar su intervención en otoño de 2015, aunque pronto se evidenció que su objetivo no era otro que apuntalar un régimen en horas bajas. En ambos casos, los intereses de dichas potencias van mucho más allá del ISIS, ya que lo que pretenden es afianzar su presencia en una zona de especial relevancia geoestratégica y, sobre todo, que sus respectivos intereses sean respetados en un eventual acuerdo que ponga fin a la guerra.

El gran juego sirio tampoco se entiende sin aludir al factor energético. Aunque Siria nunca ha sido un gran productor de petróleo, su territorio siempre ha sido codiciado por las potencias petrolíferas al representar un puente de comunicación entre el golfo Pérsico y el mar Mediterráneo. No en vano, el primer golpe de estado en la Siria independiente, perpetrado en 1949 por Husni al-Zaim con la ayuda de la CIA, se explicaba en gran medida por la necesidad de poner en marcha el oleoducto Tapline, que exportaba un tercio de la producción saudí por el puerto libanés de Sidón. Hoy en día, Qatar, uno de los principales productores mundiales de gas, aspira a construir un enorme gaseoducto hasta Turquía para abaratar sus exportaciones, lo que explicaría su activa implicación en la guerra. Este proyecto tendría un gran perjudicado: la compañía estatal rusa Gazprom, que hoy en día abastece una cuarta parte de la demanda de gas en Europa. También es pertinente recordar que la compañía rusa Soyuzneftegaz ha firmado un jugoso contrato de 25 años de duración para explotar las reservas petroleras y gasísticas de la costa siria, donde según distintas fuentes podría encontrarse la principal bolsa de gas mundial. Por su parte, Irán promueve un gran oleoducto de 1.500 kilómetros que atraviese los territorios sirio e iraquí, cuyos regímenes se encuentran hoy en día bajo su tutela, para abastecer al mercado europeo, lo que estrecharía las relaciones entre la Unión Europea e Irán y representaría un duro golpe para su principal rival regional: Arabia Saudí.

A estas alturas parece claro que la injerencia de todas estas fuerzas, en su

mayoría contrarrevolucionarias, ha sido sumamente nociva para la revolución siria, ya que ha acentuado el sectarismo y ha contribuido a la devastación del país. El resultado de esta guerra multidimensional es bien conocido: la mayor catástrofe humanitaria registrada en Oriente Próximo en lo que va de siglo. Cuando se escribían estas líneas, en otoño de 2016, la guerra ya había costado la vida a entre 330.000 y 470.000 personas, según diferentes estimaciones. Además, seis millones de sirios se habían convertido en refugiados en los países del entorno (sobre todo en Turquía, Líbano y Jordania) o Europa (donde más de un millón de sirios habría pedido asilo) y otros nueve millones en desplazados internos. Para António Guterres, que durante años desempeñó el cargo de Alto Comisionado de ACNUR, se trataba de “la crisis más peligrosa para la paz y la seguridad global desde la Segunda Guerra Mundial”. La devastación de buena parte del país como resultado de la estrategia de tierra quemada adoptada por el régimen hace inviable su retorno en el corto plazo.

A pesar de la agudización de la tragedia siria, la comunidad internacional se ha mantenido impasible. La Unión Europea reaccionó tarde y mal a pesar de que Siria es un país mediterráneo y que el agravamiento de la situación podría provocar, como muchos advirtieron desde un principio, la desestabilización de toda la región. A partir del verano de 2015, cientos de miles de refugiados sirios llamaron a las puertas de Europa debido a una combinación de factores, entre los que se encontraban el agravamiento de la situación sobre el terreno, la reducción de las ayudas prestadas por los organismos internacionales y la ausencia de expectativas en torno a una solución negociada del conflicto. Los atentados de París del 13 de noviembre de 2015, a los que siguieron otros en Bruselas y Niza, no alteraron una política exterior europea incapaz de aliviar el sufrimiento de la población civil y de presionar a las partes del conflicto para que resolvieran sus diferencias en la mesa de negociaciones.

El hecho de que algunos países occidentales empiecen a ver a Bashar al-Asad como un mal menor ante la irrupción en escena del ISIS es una evidencia más de la errática estrategia seguida en estos últimos años y que se ha basado en la gestión de la crisis y no en la resolución del conflicto y la intervención humanitaria. En los primeros compases de la revolución siria era frecuente encontrarse en los muros de las ciudades alzadas objeto de las razias de las fuerzas del régimen: “O al-Asad o incendiamos el país”. Eso es lo que han hecho desde 2011 ante el silencio cómplice de la comunidad internacional.

Madrid, 10 de octubre de 2016

CAPÍTULO 1

La Siria de los Asad

Bashar al-Asad fue elegido presidente de Siria el 17 de julio de 2000, cinco semanas después del fallecimiento de su padre Hafez, quien llegó al poder mediante un golpe militar y dirigió los destinos del país con mano de hierro durante tres décadas. Durante la dictadura de Hafez, la persecución de las libertades públicas alcanzó cotas desconocidas en el mundo árabe. La oposición, ya fuera islamista —como los Hermanos Musulmanes (HH MM)— o izquierdista —como el Partido de Acción Comunista—, fue diezmada y el Partido Árabe Socialista Baaz fue sometido a una profunda purga para eliminar a todo rival, ya fuera ficticio o real. Sus fundadores fueron hostigados hasta tal punto que Michel Aflaq tuvo que refugiarse en Bagdad y Salah al-Din al-Bitar huyó a París, donde fue asesinado. El derrocado presidente Nur al-Din al-Atasi junto a Salah Yadid, hombre fuerte del anterior gobierno baazista, fueron encarcelados de por vida en la prisión del Mezze en Damasco. La supervivencia del régimen fue encomendada a los servicios de inteligencia, los temidos *mujabarat*, que impusieron un reino del terror con el pretexto de cortar de raíz cualquier potencial amenaza. La novela *El lado oscuro del amor* del escritor Rafik Schami, exiliado en Alemania por sus actividades políticas, describe con gran acierto el clima de persecución imperante contra todos los activistas políticos durante las cinco décadas de dictadura baazista.

Una vez en el poder, Hafez al-Asad no dudó en instrumentalizar la heterogeneidad confesional existente en el país para tratar de dividir a la población y ganarse la lealtad de unas comunidades frente a otras. Debe tenerse en cuenta que el 90 por ciento de los 23 millones de sirios es árabe, aunque existen bolsas importantes de kurdos (10 por ciento), así como armenios, asirios, circasianos y turcomanos. En el terreno confesional, los musulmanes representan cerca del 90 por ciento de la población: la mayor parte de ellos sunníes, pero con presencia también de diferentes ramas más o menos emparentadas con el chiismo como los alauíes, los drusos o los ismaelíes, que sumados representan algo más del 15 por ciento de la población. Los cristianos, sobre todo greco-ortodoxos y en menor medida católicos (armenio-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maronitas,

caldeos y latinos), suponen otro 10 por ciento.

La toma de control del Estado por parte del ala militar del Baaz, a la que pertenecía Hafez, fue considerada como una revancha de la periferia rural contra las elites urbanas sunníes de Damasco y Alepo, dado que buena parte de sus integrantes pertenecían a las minorías confesionales tradicionalmente marginadas por el poder central y, en particular, a las corrientes alauí e ismaelí. Debe recordarse que el Baaz era un partido nacionalista que consideraba que la ideología arabista debería ser el principal elemento de cohesión sociopolítica, lo que le permitió atraer al resto de las minorías confesionales hacia su proyecto socialista, secular e igualitario.

UNA NARRATIVA CONTROVERTIDA

En estas apresuradas pinceladas, destinadas a contextualizar la revolución siria de 2011, también consideramos conveniente desmontar algunos lugares comunes que suelen repetirse sin demasiada base al hablar de la Siria de los Asad. Durante años, el régimen sirio ha cultivado una imagen que no se corresponde exactamente con la realidad, presentándose como punta de lanza del secularismo, bastión del arabismo, rival del imperialismo americano, trinchera frente a Israel y defensor de la cuestión palestina.

Esta narrativa puede rebatirse fácilmente. A partir de los años ochenta del pasado siglo, la aguda crisis del nacionalismo árabe y su deriva autoritaria llevaron al régimen sirio a buscar una ideología de recambio mediante la cooptación del discurso religioso. Tras la insurrección islamista brutalmente sofocada en Hama en 1982, Hafez al-Asad patrocinó un islam moderado y apolítico mediante la creación de veinte institutos de ciencias religiosas, más de cien medersas y 8.000 mezquitas, al mismo tiempo que cooptó a las influyentes cofradías sufíes que proliferaron por todo el país. Como advierte el académico Salam Kawakibi, codirector del Arab Reform Initiative, "cuando se hizo evidente que la ideología marxista y nacionalista árabe había fracasado, los 'estrategas de palacio' intentaron reapropiarse de la religión y manipularla para sus propios fines". Otra señal clara de su alejamiento del proyecto secular fue su aproximación a Irán, la única teocracia islámica en Oriente Próximo, y su alianza con la milicia libanesa de Hezbollah y con la palestina de Hamás, abanderados de la denominada "resistencia islámica" contra Israel. Este patronazgo resultaba cuanto menos chocante si tenemos en cuenta la ideología secular del régimen y su violenta represión de los propios HH MM sirios.

También parece evidente que la Siria de los Asad no se ha esforzado dema-

siado en perseguir la unidad árabe, sino más bien se ha concentrado en consolidar el proyecto regionalista sirio. Prueba de ello es que ha mantenido una relación extraordinariamente tirante con todos sus vecinos árabes. Desde Jordania, cuyo territorio invadió momentáneamente en el curso del Septiembre Negro de 1970, hasta Líbano, que llegó a ocupar entre 1976 y 2005, pasando por Irak, donde también el Baaz alcanzó el poder y con el que rompió relaciones diplomáticas en 1981. Tampoco sus relaciones con Turquía, un país no árabe, pueden considerarse ejemplares, ya que en varias ocasiones ambos países estuvieron al borde de la guerra por el respaldo sirio al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK).

En cuanto a su papel como punta de lanza contra Israel, cabe señalar que la última vez que Siria se enfrentó directamente contra el Estado sionista fue en la guerra de Octubre de 1973, cuando intentó sin éxito recuperar los Altos del Golán ocupados desde la guerra de los Seis Días. Desde entonces, y dada la constatada superioridad militar israelí, el régimen sirio ha preferido delegar dicha tarea en algunos de sus aliados —como Hezbollah o Hamás—, todo ello con el propósito de evitar asumir el coste de un enfrentamiento directo que, por lo demás, lo debilitaría más que fortalecería. Cada ocasión que Israel ha golpeado el territorio sirio —y lo ha hecho con relativa frecuencia—, la respuesta ha sido idéntica: “Responderemos en el momento adecuado y de la forma oportuna”. Por citar tan solo algunos ejemplos, el ataque israelí contra un supuesto arsenal de armas de destrucción masiva en Deir ez-Zor en septiembre de 2007 o los asesinatos en Damasco de Imad Mugniye, dirigente de Hezbollah, e Imad Suleiman, su responsable de aprovisionamiento de armas, en febrero y agosto de 2008, quedaron sin respuesta por temor a eventuales represalias.

En lo que respecta a la cuestión palestina, el régimen sirio siempre ha tratado de instrumentalizarla a su favor, consciente de los réditos políticos que este apoyo le podría reportar. Si bien es cierto que los 560.000 refugiados palestinos residentes en el país han gozado de una situación privilegiada, sobre todo si los comparamos con sus compatriotas en Líbano, también son evidentes las permanentes injerencias sirias en el ámbito político. En 1976 intervino en Líbano a favor de los cristianos maronitas para evitar que el frente progresista dirigido por Kamal Yumblat y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se hiciera con el poder, permitiendo que el campamento de refugiados de Tal Zaatar fuera reducido a cenizas. En 1985 secundó a las milicias chiíes de Amal para que acabaran con los restos del movimiento nacionalista palestino en Líbano en la conocida como guerra de los Campamentos, cuyos resultados son todavía visibles. Por otra parte, su apoyo a diferentes facciones palestinas —como los Frentes Po-

pular y Democrático para la Liberación de Palestina— se condicionó a que estos aceptasen los dictados sirios en lo que respectaba a los Acuerdos de Oslo. En lo que respecta a sus relaciones con Fatah, el principal grupo de la OLP, fueron siempre tensas hasta el punto de que Hafez al-Asad promovió en los años ochenta varios intentos para derrocar a Yaser Arafat y reemplazarlo por un líder más dócil. Como señalara el entonces presidente sirio, “la cuestión palestina es demasiado importante para el destino de la nación árabe como para dejarla en manos de los palestinos”.

Si bien las relaciones entre Siria y Estados Unidos han estado tradicionalmente presididas por el conflicto, lo cierto es que la principal razón ha sido el inequívoco respaldo norteamericano a Israel y a su proyecto colonial en Palestina. En 1980, en las postrimerías de la Guerra Fría, Damasco y Moscú firmaron un Tratado de Amistad y Cooperación Militar, lo que contribuyó a intensificar las tensiones con la Administración de Reagan. Aunque en la década de los noventa Hafez al-Asad se acercó a Estados Unidos para tratar de recuperar los Altos del Gólán, esta aproximación no dio los resultados esperados ni permitió la rehabilitación internacional siria. La tensión entre ambos países llegó a su punto culminante con la llegada de George W. Bush a la presidencia, quien situó a Siria en su diana tras invadir Irak en marzo de 2003 al considerar que daba respaldo tanto a la insurgencia iraquí como a los grupos yihadistas situados en la órbita de al-Qaeda.

UNA HERENCIA ENVENENADA

Bashar heredó un país que atravesaba una situación relativamente estable tras varias décadas de turbulencias, aunque también con importantes retos de índole política, económica y social. Una parte significativa de la población interpretó que su llegada al poder permitiría la modernización del país y la introducción de las tan anheladas reformas políticas tanto tiempo aplazadas. Su juventud (cuando fue elegido solo contaba con 34 años) y el hecho de haber residido en una capital occidental (en Londres, donde se formó como oftalmólogo) fueron algunos de los argumentos esgrimidos para justificar estas desproporcionadas expectativas que pronto quedarían defraudadas.

En el plano político, el Partido Árabe Socialista Baaz dirigía los destinos del país desde que en 1963 asaltara el poder. El artículo 8 de la Constitución de 1973 le reconoció como el “partido líder en el estado y la sociedad” y le otorgó el monopolio de la escena política. El resto de formaciones fueron ilegalizadas, a excepción de aquellas que aceptaron la posición dominante del Baaz, entre ellas

varias de orientación naserista, socialista o comunista que disponían de apoyos residuales en la sociedad y que pasaron a formar parte del oficialista Frente Nacional Progresista.

La Siria que heredó Bashar era, junto al Irak de Saddam Husein o la Arabia de los Saud, uno de los países más autoritarios del mundo árabe, según los índices del *think tank* Freedom House, que miden el grado de libertades existente en el mundo. A pesar de ello, Bashar dejó claro que entre sus prioridades no estaban las reformas políticas e ignoró las voces que demandaban la instauración de un sistema pluripartidista y la derogación de las leyes de excepción. Una de esas voces era la de Riad al-Turk, secretario general del Partido Comunista-Buró Político que había sido encarcelado durante diecisiete años en régimen de aislamiento sin tan siquiera ser juzgado, quien señaló a *Le Monde* el 28 de junio de 2000: "Hay que volver a dar la palabra al pueblo. Que el Parlamento vuelva a tener el poder del control del Estado. Sin ese retorno a los principios republicanos, Siria seguirá siendo lo que es hoy: un régimen totalitario, una república hereditaria". Bashar desoyó todas estas reivindicaciones y planteó un proceso de liberalización económica y de modernización administrativa, orientado básicamente a reemplazar a la vieja guardia por una nueva elite dirigente integrada por tecnócratas formados en el extranjero.

Como no podía ser de otra manera, los *mujabarat* siguieron conservando su protagonismo bajo la batuta de Ali Mamluk, que controlaba la poderosa Dirección General de Seguridad. En un encuentro celebrado en Madrid el 11 de diciembre de 2015, el abogado y defensor de los derechos humanos Anuar al-Bunni, encarcelado cinco años por firmar la Declaración de Damasco y en la actualidad director del Syrian Center for Legal Studies and Research, señaló: "Siria está secuestrada y es rehén de sus aparatos de seguridad". El propósito de estos servicios de inteligencia no era otro que controlar la sociedad, pero también vigilar a las fuerzas armadas y servicios de inteligencia para evitar que el clan de los Asad fuese desalojado del poder. Para ello contaba con una tupida red de confidentes repartidos por todos los rincones del país. Como resumiera gráficamente Riad al-Turk en una entrevista con *Syria Comment* el 11 de marzo de 2005, "el terrorismo del régimen de Asad durante las últimas tres décadas ha convertido al país en una cárcel de silencio... En cada ciudad y pueblo que visite encontrará tristeza y horror por lo sucedido en el pasado".

También debe subrayarse la naturaleza clánica del régimen. La mayoría de los diecisiete cuerpos de la inteligencia están dirigidos por miembros de la confesión alauí, la misma de los Asad, y el más importante de ellos —la Inteligencia Militar, que tenía bajo su mando el dossier de Hezbollah y de Hamás— quedó ba-

jo la batuta de Asef Shawkat, cuñado de Bashar, mientras que Hafez Majluf, primo del presidente, dirigió la poderosa Dirección General de Seguridad de Damasco. Su hermano Maher al-Asad, por su parte, quedó al mando de la Guardia Republicana y la IV División Armada, la principal unidad del ejército y la que contaba con armamento más sofisticado. Otro primo hermano, Dhu Al-Himma Shalish, es el jefe de la guardia pretoriana del presidente, lo que le permitió acaudalar una inmensa fortuna gracias a sus negocios en el sector inmobiliario, la importación de automóviles y la venta de trigo. Esta estructura de poder pone de manifiesto que quien maneja las riendas del país es una alianza familiar cimentada en la *asabiya* o solidaridad tribal que une al clan alauí de los Kalbiya.

En el plano económico, Bashar puso en práctica una política de orientación neoliberal encaminada a pasar del estatismo a la economía de mercado con el modelo chino como referente. Los principales beneficiados de este proceso de liberalización fueron los empresarios próximos al poder y, en particular, su primo Rami Majluf, que amasó una inmensa fortuna a la sombra del conglomerado Cham y la compañía de telefonía móvil Syriatel. Sus intereses se extendían por el sector inmobiliario, el turismo, la energía, las infraestructuras y los medios de comunicación hasta el punto de que su implicación personal era un salvoconducto indispensable que garantizaba el éxito de las inversiones extranjeras a cambio de un elevado porcentaje del negocio en cuestión.

Desde un primer momento, el aparato burocrático, tachado por Volker Perthes, director del German Institute for International and Security Affairs, como "torpe, poco transparente, ineficiente y desdeñoso", cuando no proclive "al soborno y la extorsión", acaparó la atención de Bashar. En el X Congreso Regional del Baaz, en junio de 2005, Bashar señaló: "Afrontamos numerosas dificultades debido a la debilidad de nuestra estructura administrativa, a la falta de personal cualificado y a la acumulación crónica de estos problemas". Consciente de la necesidad de rodearse de un grupo de colaboradores de absoluta confianza, Bashar emprendió una modernización de las estructuras gubernamentales. En sus dos primeros años de presidencia ya había reemplazado a dos de cada tres altos cargos políticos, administrativos y militares. Sin embargo, esta nueva guardia, integrada por una pléyade de tecnócratas y economistas formados en el extranjero, se topó con la resistencia del estado profundo que siguió controlando los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas.

Según el Fondo Monetario Internacional, el país tenía a comienzos del siglo XXI una de las regulaciones más restrictivas en materia de comercio a nivel mundial. A la tela de araña burocrática se debía añadir el problema de la corrupción endémica. En 2005, la organización Transparencia Internacional situaba a Siria